

LA FERROZ LEALTAD DE ANTONIO

Ariel Dorfman
Duke University

Lo que recuerdo de Antonio, siempre, es su lealtad. Lealtad personal y lealtad profesional.

Cuando tuvimos que salir de Chile a fines de 1973, a raíz del golpe de Estado contra Salvador Allende, fuimos recibidos por muchos amigos latinoamericanos. Entre ellos, una preponderancia de jurados de Casa de las Américas, a los que Angélica y yo habíamos conocido cuando viajamos a La Habana en enero/febrero de 1973 para participar en el Concurso anual que los cubanos organizaban. En Buenos Aires Augusto Boal nos prestó un departamento y, meses más tarde, Marcio Moreira Alves nos alojó en su hogar del XVI arrondissement en París. Y entre medio, por cierto, Antonio y Chichina en Lima.

Principios de febrero de 1974. Esa semana que pasamos con ellos en su casa de Miraflores fue inolvidable. Veníamos enfermos, desesperados, con la derrota escrita muy adentro de los ojos, más allá del consuelo. A mí me dio una crisis de asma, se me ocurre porque era la primera vez en muchos meses en que me sentía seguro y amparado, de manera que, drenado de adrenalina, mi cuerpo pudo darse el lujo de una enfermedad. Me cuidaron los Cornejo como si fuera... sí, ellos me lo habían dicho: yo era su hermano, me trataron como se trata a un hermano. Y a Rodrigo, nuestro hijo que estaba a punto de cumplir en ese tiempo los siete años, los jóvenes de la familia le dieron un recibimiento de héroe: le prestaron una bicicleta, jugaron a la escondida y a las cartas, salieron al cine, un simulacro de una vida normal para una vida que ya no sería, nunca más, normal. Y Angélica pudo hablar largamente con Chichina y Antonio, de Chile y de lo que habíamos perdido, de la omnipresente responsabilidad hacia quienes quedaban en el país esperando nuestro trabajo en el exterior.

Recuerdo de ese encuentro que tuvimos tiempo, con Antonio, de conversar de literatura y política y de la interconexión entre ambas. Incluso mi memoria me sugiere que nos preguntamos cómo afecta una situación de tan tremenda represión el quehacer litera-

rio. Debe haber sido con él que por primera vez me planteé la difícil tarea de evitar en los años que vendrían obras que fueran exclusivamente denunciatorias y propagandísticas, cómo asegurarse de que no quedáramos atrapados intelectualmente por la dictadura. Estoy seguro también de que hablamos, una vez más, de José María Arguedas y de los modos en que él había sobrevivido, como escritor y como ser humano, situaciones extremas. Cuando partimos de Lima, en todo caso, habíamos realizado la primera reparación del exilio: reparación de las emociones, del intelecto, del cuerpo.

En los años que siguieron nos escribimos mucho, colaboramos en torno a la *Revista de Critica Literaria Latinoamericana*, me complací con una luminosa reseña que Antonio hizo acerca de *Viudas* (de lo mejor que se ha escrito sobre esa novela mía: Antonio entendió la importancia de lo dual en ese libro, la centralidad de los espejos del destierro que informa su narrativa). Y nos fuimos viendo, también, Angélica y Chichina y Antonio y yo, en los lugares más inusitados, París y Amsterdam y Pittsburgh, y se me fue asentando, con cada encuentro, qué privilegio era tenerlo como amigo. Sí, la certeza de que estaba yo en presencia de uno de esos raros seres humanos cuya brillante inteligencia no sofoca ni esconde su compasión. Incluso Antonio me parecía, a veces, excesivamente cortés, benévolo, casi antiguo y tradicional en su caballerosidad, y sólo con el tiempo me fui dando cuenta de que esa gentileza no impedía que defendiera con agresividad —aunque siempre con urbanidad y consideración, eso sí— sus puntos de vista, particularmente si se trataba de establecer la validez de una perspectiva propia y autónoma del pensamiento latinoamericano, nuestra testaruda capacidad de entender desde nosotros mismos la cultura, nuestro instrumento principal para guiarnos en un universo cada vez más confuso, cada vez más amenazante.

Es ahora cuando más nos hace falta. Cuando más quisiera sentarme con él de nuevo, como lo hice durante esas largas noches del exilio inaugural en Lima, en 1974, para discutir con él este asunto de lo híbrido y lo global. Porque nunca alcancé a plantearle mi propia teoría sobre la dualidad inevitable en que vivimos los latinoamericanos, unos más que otros. Nunca alcancé a explicarle —porque yo mismo no lo había aceptado en esa época— que yo era medio gringo, que para mí el inglés de que él sospechaba con tanta razón, era una parte constitutiva de mi ser, y que yo, por lo tanto, no podía verlo como una amenaza exterior de la misma manera en que lo comprendía él. Nunca alcancé a explorar con mi querido Antonio los límites borrosos entre lo que viene del sur y lo que proviene del norte, la necesidad de buscar una manera nueva, otra metodología, otros supuestos teóricos con los cuales penetrar y comprender las tensiones que se originan en las zonas intermedias de la mezcla incesante de nuestro ser.

Y, sin embargo, el diálogo sigue. Ahí están sus escritos, en los que siempre encuentro algo que me ilumina, algo con lo que no concuerdo, algo que me provoca. Me quedan, por suerte, muchas conversaciones futuras con Antonio Cornejo Polar. Y también, muy adentro del recuerdo, su voz y su sonrisa. Y su feroz lealtad.